

CARICIAS EQUIVOCADAS

(Noraima y las caricias equivocadas)

Monólogo Canibal 2

de

©Gustavo Ott, ©2022

ADVERTENCIA: Todos los Derechos para su puesta en escena en Teatro, Radio, Cine, Televisión o Lectura Pública, están reservados tanto para compañías Profesionales como Aficionados. Los Derechos y permisos deben obtenerse a través de SGAE. Quedan reservados todos los derechos. Quedan especialmente prohibidos los siguientes actos sobre esta obra y sus contenidos; a) toda reproducción, temporal o permanente, total o parcial, por cualquier medio o cualquier forma; b) la traducción, adaptación, reordenación y cualquier otra modificación no autorizada por el autor a través de su agente c) cualquier forma de distribución de las obras o copias de la misma: d) cualquier forma de comunicación, exhibición o representación de los resultados de los actos a los que se refiere la letra (b); e) Queda expresamente prohibida la utilización de otro nombre que no sea el del autor como responsable de esta obra, en especial, las formas “versión de” o “adaptación de”, ya que el autor es propietario del 100% de los derechos de estas obras. Los cambios de lenguaje, contextualización al habla de las distintas culturas, improvisaciones, cortes, agregados de palabras, modificaciones de escenas o de personajes, etc., forman parte del dinámico trabajo de puesta en escena en el teatro actual por parte de directores y actores, pero no da pie en ningún caso a entender el espectáculo como “versión” “adaptación” de este original. Las adaptaciones serán permitidas cuando se trate de un género a otro (teatro a cine, por ejemplo) pero siempre bajo la autorización del autor a través de su agente, SGAE. La infracción de estos derechos podrá conllevar el ejercicio de las acciones judiciales que en Derecho haya contra el infractor o los responsables de la infracción. Los Derechos de estas piezas están protegidos por las leyes de Propiedad Intelectual en todo el mundo y deben ser solicitados al autor (www.gustavoott.com) o a su representante la Sociedad General de Autores de España.

® TODOS
LOS DERECHOS RESERVADOS
Register of Copyright,
Library of Congress, ©2022
Sociedad General de Autores de España-
SGAE 64.171 Gustavo Ott. Socio: 64.171
Dept. Dramáticos c/Fernando VI, 4. (28004). Madrid, España.
Tel: (34-91) 3499550
Web: <http://www.sgae.es>
gustavott@yahoo.com
ABR5 V5

EN ESTADOS UNIDOS:
Susan Gurman Agency LLC
14 Penn Plaza, Suite 1703,
New York,
NY 10122-1701
Tel: 212 749 4618 Fax: 212
864 5055
www.gurmanagency.com
gustavott@yahoo.com

*«Solo aquel que está angustiado
encuentra descanso,
y solo aquel que desciende al infierno
rescata a sus seres queridos,
dando vida a su propio padre,
que ya no será un cobarde».*

Kierkegaard

*«Para algunos el hombre es el enemigo
por ser él quien ha dado
todas las caricias equivocadas.»
Marcel Proust.*

Personaje:

NORAIMA, mujer, 40 años, más o menos

Escenario:

Apartamento de Noraima.

Detrás, área para proyectar.

1- *Noraima.*

(Apartamento de Noraima. A un lado hay una pequeña mesa, como telefonera, donde está su agenda, las llaves del Corolla, su teléfono móvil. También un pequeño cesto para la basura)

NORAIMA: Dejar de ser la *Señora Noraima* para convertirme en «*la mamá de la niña desaparecida*», me hace sentir como si estuvieran hablando de otra persona. Con la policía, entrevistas de prensa, televisión o radio, la frasecita me consume la paciencia:

(IMITA) «*Bienvenidos a nuestro programa. Hoy con la madre de la niña desaparecida; con nosotros la mamá de Karina, la madre de la adolescente desaparecida; aquí está la mamá de Karina, madre de la estudiante perdida; en directo, ¡la madre de la niña extraviada!*».

Como si yo, *Noraima-la-madre-de-la-desaparecida*, he nacido en este momento y mi nombre y mi vida son el resultado de mi espantosa situación actual.

Desde aquí, sexto piso del edificio, puedo escuchar cómo me celebran los vecinos de la primera planta cada vez que aparezco en la tele, como si yo fuera una actriz de moda.

(COMO VECINAS) «¡Ahí está! ¡Esa es! ¡La mamá de Karina se ve fatal, ¡Mira cómo luce de ojerosa, pobre mujer!»

A veces me llaman con mi nombre completo, *Noraima Caselles*, pero de inmediato agregan el eslogan, *la madre de la niña desaparecida*, como si se tratara de un lema que debe acompañar mi identidad, como si fuera un título nobiliario pegado a mi nombre, como si esta madre desesperada ha pasado a ser, sin haberlo pedido, parte de la sombría aristocracia nacional de los afectados por un crimen.

No voy negar que algunos vecinos se acercan ofreciendo ayuda. Pero son los mismos que hace unos días apenas me trataban: los Romero del 7; los Morales del 2C; y los Vegas del 6C. Todos muy interesados en mi familia y en particular en la historia de mi niña Karina, que antes

odiaban porque ella es muy bonita, muy independiente, y porque nunca se queda callada, pero que ahora es el centro de todos los universos de por aquí.

«Se ha desvanecido», repiten una y otra vez, como si mi Karina se hubiera ido de viaje a la luna. O a lo mejor sugiriendo que podía tratarse de un fenómeno paranormal definitivo: que la niña se esfumó como un espíritu. ¡No creen, como yo, que alguien la ha secuestrado para hacerle daño, mantenerla como rehén, y pedir una recompensa!

O solo para matarla.

(COMO VECINA) «Pero si la niña desapareció luego de hacer una audición en ese teatro horrendo de la comunidad. ¿A quién se le ocurre dejar que su hija, una menor de edad, haga una prueba con esos malandros moluscos degenerados del teatro? ¡¿Qué madre haría eso?! No, yo no, ni yo, ni yo...» (MOLESTA) ¡Ni yo, porque nunca supe que ella iba a hacer esa audición! ¡Nunca!

(IMAGEN DEL EDIFICIO)

Yo he vivido en este edificio toda mi vida. Aquí nací. Muchos recuerdan aún la tragedia de mi padre, desaparecido primero, muerto después, cuando yo apenas era una niña.

Mi esposo antes era muy sociable, pero desde que se conoció la noticia sobre Karina, se comporta como si estuviera narcotizado, nadie quiere hablar con él. Y, para serte franca, yo tampoco.

A veces asumo una pose entusiasta para ver si reacciona:

«Yo creo que la tienen secuestrada. Hay trata de blancas. Y ha sucedido que después las rescatan. Entre todo lo malo, ¡hay que mantener una actitud positiva!» Pero Carlos Alberto me oye y se apaga. Se mete en su cuarto y de ahí no sale hasta el día siguiente para montarle guardia al teléfono, por si acaso ella llama y dice «No, papi, no estoy perdida, ni desaparecida, ni trata de blancas ni rosadas, ni púrpura. Estoy de fiesta, de barranco con amigos, disfrutando la vida y pronto, muy pronto, mañana, regreso a casa. ¿me perdonan?»

(ALTO) ¡Claro que sí, hija, vuelve, vuelve, que yo te perdono!

Pero la verdad es que mi marido se va a dormir. No por desinterés, sino por la desolación. Es que la tristeza le da sueño.

(IMAGEN DEL APARTAMENTO)

Al sexto día de la desaparición de Karina decidí no dar más entrevistas ni hacer más peticiones ensayadas por la tele. Prefiero quedarme el día en casa esperando noticias de ella, de la policía o del secuestrador. Con mi marido durmiendo hasta doce horas seguidas, con los vecinos y periodistas olvidando mi nombre, y con los amigos tratándome como si estuviera enferma, yo no tengo otra vida que la de observar el teléfono. Quizás el secuestrador la tiene atrapada, encerrada, atada a una cama. Un hombre que se la habrá llevado para lo de siempre: el sexo, la dominación, el poder.

Eso me han dicho. Así que probablemente esté viva.

Aunque la policía no cree que se trate de un secuestro. Quizás porque nosotros, en realidad, no tenemos casi nada de dinero.

(OTRA IMAGEN DEL APARTAMENTO)

Vivimos en un apartamento propio, barato, en parroquia de clase baja bajando. El único sueldo es el de Carlos Antonio; yo tengo casi veinte años que no trabajo en serio. Si revisas bien las cuentas de ahorros, corriente y crédito, encontrarás que vivimos al día.

(IMAGEN DEL COROLLA)

Tenemos un Toyota Corolla tan viejo que venderlo sería una transacción lastimosa.

(SALE LA IMAGEN)

En fin, con secuestradores o sin ellos, lo importante es que estamos esperando. Y que con el paso de los días, ojalá Karina no se acostumbre a ese otro sitio donde la tienen.

La idea me la metió en la cabeza un sicólogo durante uno de esos programas de tv a los que asistí. El tipo hablaba del Síndrome de Estocolmo, que en dos platos establece que el secuestrado puede sentir simpa-

tía por su secuestrador. Que con el tiempo se habitúa a él, y luego no tiene problemas en mantenerse al lado de su agresor.

¡Eso de Estocolmo lo siento como si fuera un disparo en el pecho! ¿De verdad estos sicólogos saben algo de lo que están hablando? ¡Porque no es posible que alguien prefiera vivir encadenada con un criminal que regresar a su casa con los padres que tanto la aman! ¿Verdad?

De pronto el de Estocolmo es ese sicólogo que da la impresión que no puede vivir sin aparecer por la tele cada vez que sucede algo, lo que sea: terremoto, secuestro, muertes, cualquier cosa. ¿No habrá otro sicólogo en este país para hablar sobre estos temas? ¡Sicólogo cara de Estocolmo con síndrome de imbécil, eso es lo que es!

Aunque ahora que lo pienso mejor, tal vez yo también podría ser una Estocolmo. ¿Será que un día me acostumbraré a la hija perdida y al marido durmiendo?

(IMAGEN DEL APARTAMENTO)

Porque la protagonista en esta casa siempre ha sido mi hija, pendiente más de su mejor amiga Mariana, de sus mejores amigas secundarias, y casi nada de su madre, la terciaria. A ella le sigue, en la lista de créditos al personal artístico más importante de esta casa, mi marido, el mismo que hace diecisiete años confesó que había dejado de soñar cuando nació su única hija. Por eso abandonó sus estudios de Arquitectura para trabajar y asegurarle un futuro a su niña.

¡Qué cosa esta de los hombres y sus sueños, que siempre son tan importantes y van de primero en todas las listas de sacrificios legendarios! Quizás por eso a veces se me olvida cómo se llama mi esposo.

Me refiero a su nombre completo: ¿Carlos Augusto? ¿César Alberto? o ¿César Andrés? Se trata de un olvido que me entretiene pero que dice mucho de ese compañero de vida con el que apenas hablo en serio.

Sí, ahora que lo pienso, es muy posible que quien necesita ser secuestrada en Estocolmo soy yo y no mi hija. Eso, amarrada pero en Suecia, allá es donde yo debería estar. Y así Karina, rubia como su padre no-

ruego, habría hecho la prueba audición en el Teatro Nacional Escandinavo en el que, según los sicólogos modernos, todos los secuestrados desean actuar, y no aquí, no en esta ciudad de mugre, y nunca *nunquísima* en ese teatro comunitario de tan de mala calaña.

(IMAGEN DEL TEATRO)

¡Sí! ¡Admito que cuando desapareció Karina, sospeché de la gente del teatro y hasta fui allá para acusarlos a todos de estar involucrados!

«¡Alguno de ustedes, bichos, la tiene! ¡Díganme dónde está!».

Pero la policía interrogó a los actores, revisó las instalaciones varias veces, y nada. Todos tienen una coartada.

(COMO INSPECTOR) «En serio, señora Noraima, *madre de la adolescente desaparecida*, ninguno es sospechoso. Sí, es verdad que hizo la audición para una obra y que se quedó con el personaje, pero hasta ahí. Tampoco es la primera audición que hace la compañía, cada mes hay una convocatoria nueva. Y acuden actrices muy jóvenes, aspirantes, bellezas. Se trata de un teatro, señora Noraima, *madre de la ex actriz extraviada*, ¿qué esperaba? Entra y se va gente. Los nuevos tienen luz, los viejos maña. Y ahora que hablamos de sospechosos ¿por qué cree que Karina nunca les dijo nada sobre su deseo de actuar?»

Así dijo ese pedante del Inspector Pineda, sugiriendo que había que buscar más pistas en mi hogar y menos en el escenario. Y sí, esa es una pregunta que yo no dejaba de hacerme: ¿por qué Karina lo mantuvo en secreto?

Yo no se lo hubiera impedido, claro que no, aunque sí habría intentado disuadirla.

Mi padre se había perdido con eso de la actuación. Y perdido, en su caso, quiero decir que se murió, nada menos. Así que es comprensible que yo tenga una predisposición natural contra el teatro.

Pero ¿prohibírselo a mi hija? Eso no. ¡Jamás!

(IMAGEN CASA CON CUADRO DE PAYASO CON FLORERO)

Aquí no hay retratos de mi papá, aunque colgado en la pared de la sala hay un cuadro original con florero y un payaso que llora. Y cada vez que pienso en mi padre, y ahora en Karina, en su desaparición y su deseo teatrero, veo al payaso dibujado como si fuera el recordatorio de mis ausentes.

Así que cuando veo este cuadro, calladita, y sin que me oiga nadie, admito que mi marido, sobre esas intenciones de Karina de ser actriz, habría dicho un «no» monumental. Esa es la verdad. Y se trata, claro que sí, de una verdad comprometedora.

(REPICA EL TELÉFONO. LUEGO OTRO. Y OTRO. GOLPES A LA PUERTA. NERVIOSA, VA DE UN LADO AL OTRO. SALE CUADRO DE PAYASO) ¿Qué? ¿Qué sucede? ¿Serán *las malas noticias*? ¿Esas que nos aterran y que han sabido llegar a nuestra casa? ¡No hay duda: *las malas noticias* invaden con alarmas mi hogar!

«¡Carlos Alberto! ¡Responde tú!»

Pero mi marido me mira como si supiera de qué se tratan *las malas noticias* y sugiere que responda yo.

(COMO SU MARIDO) «Para las noticias terribles, tú. Para las desgracias, tú, mi amor; para la debacle en cámara lenta, la ruina constante, la tristeza decretada, para estas malas horribles noticias, mejor tú, esposa más o menos querida, Noraima *madre de la adolescente desaparecida*, y tal vez ahora encontrada en esta emergencia de llamadas, timbres y gritos»

Sí, yo. ¿Quién más?

(VE QUIÉN LLAMA)

Es mi vecina.

(RESPONDE. CESAN LAS ALARMAS. HABLA COMO VECINA) «¡Noraima! ¡Noticias! ¡Otra mujer está perdida! ¡Joven, de veinte y un años y también es de por aquí, también hizo la audición en el Teatro, y también había quedado en la obra! ¡Se llama Raquel Escalante y...!»

(CUELGA) ¿Qué significa eso? ¿Son buenas o malas noticias? ¿Apunta hacia el teatro? ¡Lo sabía! ¡Fueron ellos! ¡Con sus caritas de yo-no-fui, los de teatro siempre son!

(SUENA EL TELÉFONO)

Es el Inspector Pineda.

(RESPONDE) «¿Aló? Pineda, dígame...Ajá. Ajá. Si, Ajá. Ya veo... Pero... Ya. Ajá. ¡No me diga! ¡No, por favor! ¡Pero!»

(CUELGA) El Inspector me ha pedido que por favor no declare a la prensa sobre ese nuevo asunto. Que ellos no están muy seguros de que el caso de Raquel Escalante tenga que ver con el de Karina.

Pineda, claro, pretende adormecerme.

Carlos Alberto me mira como quien ha detenido todos los relojes y le digo lo que quiere oír: «No hay nuevas noticias. Vuelve a dormir»

(PAUSA CORTA. ELLA CAMINA DANDO VUELTAS POR LA CASA)

Mientras tanto, yo hago mis caminatas diarias de tres horas. Es que me ayudan a hacer pasar el tiempo. Pero mi marido las odia.

(COMO SU MARIDO) «Noraima, no puedes seguir así, dando vueltas, como una loca. Tienes que verte con un sicólogo o con alguien que te ayude. La iglesia, quizás. ¡Me estás haciendo perder la cordura!».

¡La iglesia, dice! ¡Quiere decir Dios, nada menos! ¡Qué humillación!

(ENARDECIDA, ROTUNDA) ¡Por lo menos yo camino! ¡Doy vueltas como una perdida, como una loca de plaza, como los miserables abandonados debajo del puente, pero sin que nadie tenga que evitarme! ¡Y mucho menos tú que tienes tantos años tratando de llegar a mí con tus caricias equivocadas!

(LE TOMAN FOTOS. MIRA AL QUE LE TOMA LA FOTO)

¿Así? ¿Sin pedir permiso? ¿Y a mi marido? ¿Qué? ¿A él no le tomas una fotografía? ¿Acaso la noticia soy yo sola? ¡Cabrón!

(Música. Imagen de la ciudad, poética, y al tiempo, aterradora)

2- *Dos veces*

(Noraima escribe en su teléfono. Las tres frases aparecen en pantalla)

NORAIMA: *“Karina extraviada en el bosque de fieras.*

Karina descaminada en las calles atroces.

Karina derramada en la ciudad que cuando llueve arde en llamas”.

(DEJA DE ESCRIBIR. VE LAS FRASES)

Estas son las cosas que escribo en mi teléfono como si fueran mensajes de texto y me los envió a mí misma. Pero, por alguna razón tecnológica, no me llegan. Es evidente que los teléfonos portátiles tienen serios problemas para entender la forma de comunicación de una madre a quien le han arrebatado a su hija.

Carlos Alberto o Cesar Augusto, luego de nuestra pelea, ha dejado de dormir- Y como si nada estuviera sucediendo, me informa que regresará al trabajo. Dice que para él es mejor estar lejos de esta casa y de mí. De todas maneras, ya pocos comentan el caso de Karina y las protestas políticas ocupan todo el espacio noticioso y las habladurías.

(IMAGEN DE APARTAMENTO. ELLA SE MUEVE)

Sin él en casa, camino en paz, en círculos por la sala, o en línea recta, ida y vuelta desde mi cuarto hasta el de mi hija, dejando pasar los minutos. A veces me quedo paralizada en medio del comedor, viéndolo todo desde ahí, como esperando que algo se mueva.

Quizás por eso los objetos de esta casa me parecen otros, como si ya nada de lo que había antes está aquí; como si fueran cosas nuevas; como si una televisión extraña se ha instalado a sí misma o como si la mesa del comedor se sustituyó por otra.

Mi cocina cambia por su cuenta el lugar de las ollas y cubiertos; de pronto aparecen camas anónimas empaquetadas mientras que el cuadro del payaso y el florero ahora muestra a una niña y una navaja que antes no estaban ahí.

En fin, que todo mi apartamento reacciona como si estuviera a la espera de otra Noraima, de un nuevo Carlos Alberto, y una recién estrenada Karina, la adolescente rescatada que entrará ocupando el espacio de lo que hace falta.

Quero decir que es posible que, sin Karina, la casa, junto a los objetos que hay en ella, han dejado de existir.

(IMÁGENES DE LA CIUDAD Y VIOLENCIA CALLEJERA)

Ya es marzo y el calendario marca la ausencia pero también el aumento de la violencia en la calle. Y entre las noticias de los enfrentamientos entre manifestantes y el gobierno, se cuela una que me interesa más:

(FOTO DE RAQUEL ESCALANTE)

¡Ha aparecido la otra joven, la que también se había desvanecido! ¡La Raquel Escalante! Fue encontrada en Miami! ¡Se había fugado con un director de cine que le doblaba la edad y con quien llevaba una relación secreta de un año!

(FOTOS DE RAQUEL DE COMPRAS POR MIAMI)

Los amantes huyeron del país después de que el director se hiciera con un dinero del Ministerio de la Cultura para financiar una película, protagonizada nada menos que por la misma Raquel Escalante. Al parecer, el director decidió que eso del cine cuesta mucho trabajo, y que lo suyo era más bien abandonar a su esposa y a sus hijos y pasarla bien en el extranjero con una mujer joven y hermosa a su lado. Por eso desapareció Raquel Escalante. Y si Interpol no la reporta en los centros comerciales del sur de la Florida, gastando los dólares destinados para una inteligente producción de cine nacional, todavía todos estarían pensando que por aquí hay un secuestrador en serie o una banda organizada especialista en llevarse actrices.

(SALEN LAS FOTOS DE ESCALANTE)

Los primeros en alegrarse del hallazgo de Raquel fue la gente del teatro, como es natural. No tanto porque encontraron a la perdida sino porque con la noticia quedaba muy mal el cine nacional.

Parece que se oídan, ¡qué se yo!

Por su parte, mis vecinos trataron, en su manera piadosa venenosa, de subirme el ánimo.

(COMO VECINA) «Y no será que el destino de Karina es algo parecido al de Raquel y su amante cineasta? ¿No hay por ahí algún hombre casado y secreto del que no nos hemos enterado? Porque esa niña es muy bonita, muy independiente y muy respondona. ¿Sabe algo de eso, señora Noraima, *madre de la adolescente amante escapada internacional?*»

«¡Por supuesto que no, malditas serpientes, váyanse a que se las coja un burro!»

Luego del chasco Raquel Escalante, la policía ha dejado de comunicarse conmigo. Y de repente he dejado de ser «*la madre de Karina, la niña desaparecida*» para convertirme otra vez en la Señora Noraima, así, a secas.

(SE ACERCA A LOS ESPECTADORES)

A ver, dígame, sin rodeos y como periodista: ¿qué sospecha usted? ¿Qué cree? ¿Qué usted no es periodista? ¿Entonces qué es? ¿Camarógrafo? ¿Y por qué el canal no envía a un periodista en serio? No, no quiero insultarlo, pero es que pensaba usted que era un profesional.

(VEMOS EL FLASH DE UNA FOTO)

¡No tienes que molestarte, es una broma!

(OTRA FOTO)

¿Vas a seguir?

(ESPERA LA FOTO. NO SE LA TOMA. ELLA CONTINÚA, LE TOMAN OTRA FOTO. CARA DE QUE SI LO VUELVE A HACER LE ROMPERÁ LA CARA. FOTOS DE MANIFESTANTES)

Lo que pasa es que otros acontecimientos suceden en esta ciudad que no se queda tranquila ni espera por ti. Tampoco es que tú eres la única que ella ve con sus ojos rojos de intimidación. No señora. Esta ciudad te mira fijo, te penetra, te descuartiza con sus ojos, y sin más te quita la mirada.

Quiero decir que poco a poco me he sentido abandonada por todos, como si me hubieran dejado a mí sola la responsabilidad de las investigaciones, de encontrar a mi hija, de detener a los culpables, de enjuiciarlos y de condenarlos a prisión también.

(SALEN FOTOS DE MANIFESTACIONES)

Te cuento que la policía, en algún momento, sospechó de mí. Y en particular de Carlos Alberto, Augusto, como sea. Por eso no querían que hiciera declaraciones, ¡nos estaban investigando *a nosotros!* Las llamadas, los amigos, nuestros conocidos, rutinas, teléfonos. Nos revisaron la casa y todo sin orden judicial, que en este país esas formalidades televisivas no detienen a nadie. Aquí la realidad no se da el lujo de ser ficción.

Porque para el Inspector Pineda, que se las sabe todas, era posible que nosotros estuviéramos involucrados. Se trata del *primer círculo de investigación*, así dijo, es decir: que los muy vagos primero buscan entre la gente que *ellos* tienen más cerca. A ver si la pegan. Porque nosotros tenemos el motivo, los medios y la oportunidad. Y dos más dos, claro, da cero por ciento. ¡Vaya si son imbéciles estos tipos!

Así, el sabelotodo-sabe-a-mierda de Pineda, dijo que tal vez nosotros, *la familia perfecta*, la de las caricias acertadas, de repente tuvimos una discusión por el tema del teatro y el deseo de la niña de hacerse actriz. Que uno de sus nosotros de pronto empujó a Karina y que la niña cayó, se pegó en la cabeza, y se murió. Entonces, César Alfonso y yo, aterrados, la desaparecimos.

Sucede muchas veces. Se han visto casos.

(LE TOMAN FOTOS)

¡No me tomes tantas fotos porque la policía ya abandonó esa teoría ridícula! Sucede que el inspector aceptó finalmente que el padre de Karina es incapaz no solo de hacerle daño a su hija, sino de hacer nada y punto.

«Ese es un zombi», así lo definió, «No tiene voluntad».

En cambio, de mí, dijo que soy más decidida pero que no entraba en el perfil de asesina. Loca sí, incapaz de controlarme, también, pero siempre por amor a mi hija que ya no estaba conmigo. Si hasta llegó a decir que yo, si hubiera querido asesinar a alguien, habría comenzado con mi marido.

(SINCERA) Y es verdad.

(RUIDOS DE MANIFESTANTES A LO LEJOS. IMAGEN DEL EDIFICIO. ELLA SUSPIRA, VE SU RELOJ, CAMINA RÁPIDO EN CÍRCULOS. MÁS NERVIOSA. ACCIONES SEGÚN TEXTO)

¡Tengo que hacer algo urgente, lo que sea!

(SE DETIENE. PIENSA ALGO. VE A LOS ESPECTADORES. RÁPIDO, SE PONE ALGO DE ROPA, TOMA LAS LLAVES DEL CARRO Y ANTES DE SALIR DICE, ALTO)

«¡Me llevo el Toyota! ¡Voy a recorrer la ciudad! ¡A ver si la encuentro!»

(IMAGEN Y RUIDOS DE LA CIUDAD. PAUSA CORTA)

¿Cual será la ruta que toman los que secuestran a las adolescentes?

¡Voy a revisar bajo el puente!

(IMAGEN DE RIO EN MEDIO DE LA CIUDAD)

Aquí solo veo este río que mete miedo. ¿Cuántas personas han encontrado flotando aquí? ¡Qué digo personas! ¡Restos de personas más bien! ¡Pedazos de gente navegando, arrastrados por la llanta de un camión, por listones de madera, por despojos de una ruina cualquiera, natural, doméstica, que ha sucedido hace tiempo y que sin embargo sigue ahí, sobresaliendo, nadando de un lado al otro de este río como si las aguas no pudieran moverse sin las sobras de la tragedia!

(IMAGEN DEL PUENTE. ELLA VE ALGO)

Ahí están un par de vagabundos. Se diría que son mayores, aunque los que viven en la calle envejecen a razón de cinco años por uno. Parecen débiles y viejos, incapaces de secuestrar a mi Karina. (SEÑALA) Allá hay uno muy solo. Me está mirando.

(FOTO DE UN HOMBRE)

Es mayor. Desaliñado. La cara es difícil de ver. ¿Qué? ¿Qué me está ofreciendo? Un libro. Me ofrece un libro. ¿Creerá este abandonado de la vida que yo estoy buscando lectura bajo un puente? El hombre insiste. Y yo, por pura cortesía, tomo el libro de sus manos.

(VIENDO EL LIBRO)

Es una vieja edición de la editorial Losada con obras de teatro de Tennessee Williams.

(PASA LAS PÁGINAS. LA ÚLTIMA LLAMA SU ATENCIÓN)

Aquí hay algo escrito a mano, con un marcador negro, una frase:

(VEMOS LA FRASE PROYECTADA)

«El viaje es como la muerte».

(SALE IMAGEN. HABLA CON EL HOMBRE)

«¿Usted lo escribió? ¿Señor: esto lo escribió usted?»

(REGRESA EL LIBRO. SALE LA FRASE. ELLA SE ALEJA)

Aquí no está mi hija. Bajo este puente no hay nada. Pineda me había informado que buscaron por aquí, siguiendo la segunda regla de oro de la policía: «si no fueron los padres, ni los teatreros, entonces los culpables son los miserables que viven bajo el puente».

¡Es que estos inspectores son unos lince!

(IMÁGENES DEL COROLLA Y CALLES)

En el Toyota Corolla sigo con mi búsqueda, rodando por las calles, fijándome más en la gente que camina. Quizás la veo a ella. Quizás Karina anda por ahí. Es posible, todo es posible.

(LUCES: ANOCHECE)

Llega la noche. Ahora conduzco sin rumbo; voy por las calles y autopistas de manera automática, del oeste hacia el este, y caigo donde se realizan las manifestaciones.

(IMÁGENES DE MANIFESTACIONES. MÚSICA SUSPENSO)

Hay fuego, destrucción, violencia. La ciudad está en ruinas mientras yo también termino devastada. Parece que todos se sienten como yo: perdida, robada, echada a un lado. Si el gobierno llega a oír mis pensamientos, seguramente me caen a golpes a mí también.

(IMÁGENES DE LA CIUDAD)

Ya es tarde, mejor doy la vuelta a casa.

(MÚSICA ALARMA. EL TEXTO CON ACCIONES, ATERRADA)

¡Por el espejo retrovisor viene una Jeep Cherokee conducida por un hombre de traje negro que viene hacia mí a toda velocidad! ¡La Jeep me adelanta por la izquierda y el conductor me grita algo furioso!

(GRITO INSULTO: RUIDO DE ACCIDENTE)

¡La todoterreno se ha estrellado contra uno de los postes de iluminación de la autopista y parte al conductor del traje negro en dos!

(PAUSA ATERRADA)

¡Freno, trato de ver el accidente! ¡Por el ruido que hizo ha sido aparatoso, enloquecedor, sí, esa es la palabra de hoy y de todos los días transcurridos: *enloquecedor!*

Pero no veo ningún accidente.

Y me doy cuenta de que no ha sucedido nada.

(MÚSICA ALARMA. EL TEXTO CON ACCIONES, ATERRADA)

¡Entonces vuelve a suceder! ¡El hombre del traje negro, la camioneta que intenta pasarme por la izquierda, el hombre me insulta, y va a dar contra uno de los postes de luces y ahí queda de nuevo, partido en dos!

(ASOMBRADA) ¿Qué es esto? ¿De nuevo? ¿He vivido dos veces la misma situación? ¿Cómo es que ahora puedo ver lo que va a suceder antes que pase? Y lo más crucial:

(ALTO, INMENSA) ¡¿Dónde está Karina?! ¡¿Por qué no aparece?!
¡¿Qué voy a hacer si no la vuelvo a ver nunca más?!

(RUIDOS DE LA CALLE Y LA MÚSICA SE DESVANECEN)

En vez de detenerme, como hacen los demás conductores, hundo el acelerador y huyo. Algo me dice que esta experiencia doble puede convertirme en culpable de lo que ha pasado. ¡Y para más culpas sí que yo no estoy!

(IMAGEN DEL TOYOTA)

Mejor me alejo del área manifestante, lacrimógeno y aceitoso, y no pienso más en ese accidente ni en el hombre cortado en dos ni en ese acontecimiento que de pronto sucedió como si fuera repetido. Más bien pienso en Karina como no lo había hecho nunca, ni siquiera el mismo día en que nos dimos cuenta de que había desaparecido. Algo me ha arrojado a un nuevo planeta Karina, más intenso, más presente, como si ahí las cosas sucedieran dos veces: dos veces recordándola, evocaciones una sobre otra, como si los acontecimientos estuvieran relacionados y la Jeep Cherokee, el hombre cortado en dos, y mi hija desaparecida, tuvieran algún tipo de conexión.

(MÚSICA TENSA)

Ya no siento dolor, sino odio. ¡Más que odio! ¡Una furia terrible! ¡Ya no me veo como víctima o como la madre de una víctima, *Noraima la madre de la adolescente desaparecida*, sino como una victimaria enardecida, agresora, vengativa, fuerte como el poste de la autopista que parte en dos a una todoterreno con su grosero conductor adentro. ¡Y dos veces, para que lo pueda ver con mi placer triste y furioso! Eso: ahora tengo ganas de causar daño. Esa es la verdad. De pronto siento el deseo de matar gente y hacerlo dos y hasta cinco veces. No porque me considere una asesina o porque me he vuelto insensible a la tragedia ajena, sino porque se llevaron a mi única hija. (ALTO) ¡Y no sé dónde está!

(PAUSA. VA DE UN LADO A OTRO. IMAGEN DE VECINDARIO)

Ya estoy cerca de casa.

(SUENA SU TELÉFONO. ELLA LO TOMA, VE QUIÉN LLAMA)

Número bloqueado.

(DECIDE RESPONDER)

«¿Aló? ¿Quién llama? ¿Aló?»

(NADIE RESPONDE)

«¿Quién llama?»

(OÍMOS RESPIRACIÓN ENTRECORTADA. ELLA MIRA AL PÚBLICO, ASOMBRADA)

¿Karina? ¿Eres tú?

(PAUSA CORTA, TENSA. VOZ FEMENINA LEJANA)

VOZ: (*en off*) Yo...no...sé...

(CUELGAN LA LLAMADA)

NORAIMA: ¡Es ella!

(VUELVE A SONAR SU TELÉFONO. RESPONDE, ANSIOSA)

NORAIMA: ¿Sí? ¡Karina!

PINEDA: (*en off*) ¿Aló? ¿Señora Noraima? Eh... Soy el Inspector Pineda, de la policía. La llamo para que lo sepa primero por mí. Son malas noticias. Eh... Hemos encontrado a Karina...

NORAIMA: ¡Mi hija está muerta!

(NORAIMA LANZA SU TELÉFONO CONTRA EL PISO. VUELVE A SONAR. ELLA RESPONDE, ANSIOSA)

NORAIMA: ¿Sí? ¡Karina!

PINEDA: (*en off*) ¿Aló? ¿Señora Noraima? Soy el Inspector Pineda, de la policía. La llamo para que lo sepa primero por mí. Son malas noticias...

NORAIMA: ¡Dos veces! ¡No!

(LANZA EL TELÉFONO AL PÚBLICO. MÚSICA. RETRATO DE KARINA. NORAIMA CAMINA POR EL ESCENARIO, FURIOSA)

¡Lo que se repite es la furia exaltada, la rabia primordial, el odio inmenso, el desprecio colosal! ¡Todo vuelve, y dos veces, doble intensidad: la llamada, la noticia de la policía, el dolor, la ansiedad, el aborre-

cimiento, todo ocurre dos veces, y vuelvo a sentir la sensación de desaparecer, como lo había hecho antes mi nombre completo, porque desde este instante he sido rebautizada como: *Noraima Caselles, la madre de la adolescente que han encontrado muerta!*

(De nuevo, el ruido del volcamiento y choque de la Cherokee junto con los gritos. Música triste)

3- Testigo

(Noraima tomando un té. En la otra mano, su teléfono)

NORAIMA: Todo sucede rápido. Decido no recibir los pésames familiares ni de conocidos, no atiendo la puerta, no respondo mi nuevo teléfono, no sé que hice con el otro.

En fin, resuelvo que, de alguna forma, también debo morir con mi hija. Porque si es como lo hago yo, vivir es lo de menos.

Lo digo sin dramatismos, más bien como alguien que encuentra la palabra más difícil en la columna clave del crucigrama de la verdad.

Revelar lo innecesario que es seguir viviendo sin mi hija lo hago casi con orgullo, como la que presume de un hallazgo intelectual. Lo tengo tan presente que llevo una agenda a propósito, y junto a la lista del supermercado y la de los pagos mensuales de luz, teléfono y condominio, anoto: «Hoy, matarme. Sin falta y de alguna manera».

No sé si me voy a matar esta tarde o durante la noche. Quizás, si encuentro la forma de hacerlo sin dolor, sin duda que lo incorporaré a la lista de cosas para hacer esta misma semana.

Los planes se están ajustando, según el contexto.

Eso sí, todo llegará pronto, será rápido, el cliente puede estar tranquilo: lo tenemos todo controlado. Por ejemplo, aquí estoy, de lo más fresca, tomándome un té, pero al mismo tiempo estoy tratando de ver cómo es eso de morir sofocada por gas. *Multitasking* le llaman.

Se me ocurre que lo ideal sería que muriera asfixiada y luego algún vecino encienda un fósforo y explote en pedazos todo el edificio.

Tierno, ¿verdad?

(BUSCA EN SU TELÉFONO)

Busco en internet una receta para la torta marquesa, y al mismo tiempo reviso las instrucciones para saltar desde el sexto piso y destruirme

sin quedar lisiada, dejando de una buena vez de producir esa lástima asquerosa que ya no soporto ni por mensaje de texto.

Es que Internet es fantástico para satisfacer todas las necesidades de la mujer moderna.

(FASTIDIADA CON QUIÉN LA OYE)

¿Qué? ¿Te aburro, fotógrafo? Si fueras periodista de verdad estarías más interesado. ¡Sí ¡Ya! ¡Tú lo que quiere es que yo confiese! Eso es lo que falta a esta noticia: que lo admita de una vez, en cámara, y que me quite este peso de encima. Muy bien, si quieres la verdad te la voy a decir. Y es esta: *¡Nunca, nunca la hubiera dejado ir sola a ese teatro!* ¿Foto?

(LE TOMAN LA FOTO)

Pues sigo: *¡Jamás le habría permitido hacer esa audición!*

(LE TOMAN LA FOTO)

¿Contento? ¿Ya me puedes llamar culpable y sentenciar de por vida o tengo que esperar a que salga por la televisión?

¿Acaso ha quedado claro que la de las caricias irritantes soy yo?

Eso es lo que yo no me he atrevido a admitir: que la Karina lo llevaba en los genes, que su abuelo era actor, que a él se le había ido la vida en los escenarios, y que los teatros lo dejaron morir.

¡Porque esa vida de las tablas es para pobre, si lo sabré yo!

¡Es la verdad: nunca habría permitido a mi hija dedicarse a la actuación! ¡Tome otra foto, un video, un holograma si quiere, en el momento en que lo digo! ¡Que yo sabía que no se trataba de una vocación artística sino más bien de un llamado antiguo, de algo que se hereda como las enfermedades y la fealdad! ¡Y que también sabía cómo terminaba esa obra!: ¡Papá y Karina, juntos, *sin mí*, en el cielo de los teatreros!

Y si es así, si la muerte de mi niña está relacionada con la audición y los teatreros, entonces es verdad: ¡yo tengo la culpa!

¡Y Carlos El Imbécil lo sabía!

¡Por eso él ha dejado de hablarme: porque me culpa! ¡Claro que sí!
 ¡Claro que sí, maldito hijo de la gran puta! ¡Me culpas! ¡Y haces bien!
 ¡Porque yo te culpo a ti también!

(ALTÍSIMO) ¡Esa es la razón por la que este apartamento 6B de la sexta planta se ha convertido en el terruño de la batalla del dolor! ¡No hay gritos, a pesar de que se realizan torturas atroces! ¡No suceden furiosos combates cuerpo a cuerpo, pero puedes ver la sangre evacuada por la plomería! ¡Y en nuestras bolsas de la basura es posible observar miembros cercenados por la lucha mientras que a través de las ventanas de la casa se desprende el inconfundible olor a destrucción que dejan las batallas a muerte!

(SONIDO DE BOMBAS A LO LEJOS)

¡Este es un hogar en permanente y enmudecida declaración de guerra! ¡Comunicados, ejecuciones sumarias, amenazas sombrías, ejercicios de disuasión! ¡Nuestro matrimonio pronto volará en pedazos! Porque sabemos que, aunque violenta, esta destrucción es considerada humanamente normal. ¡Se trata de la consecuencia demoledora de la pérdida! ¡La ruina profetizada de la falta! ¡Tomar la vida de otro o la propia! ¡Eso pasa y está por ocurrir en cuestión de horas!

(CESAN LOS RUIDOS DE GUERRA. TRANQUILA, TOMA SU TÉ)

Aunque a mí me gusta pensar que Karina fue al teatro porque quería caer bien, estar rodeada de gente, formar parte de algo. Imagino que como hija única le faltaron hermanos para jugar o que le enseñaran a vivir con los demás. O sin ellos. Yo no sé.

(DEJA EL TÉ, CAMINA)

Como todos los adolescentes, Karina tuvo etapas en las que se apasionaba por algo y luego lo dejaba. Por eso creo que lo del teatro lo habría tomado como un capricho más. Diga eso por la tele para que dejen de acosarme con los lugares comunes de la madre autoritaria que odia el teatro, que quería que su hija fuera doctora, que se casara

y demás. Mire, para serle franca, una madre lo que quiere es que su hija esté viva. Y ya.

(FOTOS DE KARINA CON FLAUTA)

A Karina una vez le dio por aprender flauta, la grande, la de orquesta, esa que es carísima. Se la compramos. Era bella, claro que sí, con su brillo plateado y sus curiosos botones entrelazados por tubitos que parecían pasillos de laberinto. No sé por qué esa flauta me recordaba una varita mágica, como las de Disney. Apenas la vio nos juró que comenzaría a practicar al día siguiente, pero lo cierto es que más nunca la tocó. Carlos Alberto se quejó del dinero perdido, pero luego yo la vendí y ella ni se enteró que la flauta había desaparecido.

Después, como si nada hubiera sucedido con la flauta plateada, —que no sé por qué me hubiera gustado tenerla el día de su entierro y colocársela en el féretro a su lado, como hubiera sido una flautista magistral— le dio por la pintura. Y al rato lo olvidó también.

Yo creo que todo venía de las amigas, nada de ella. Las relaciones obligan y fueron las demás quienes le dijeron cómo pensar, qué pedirnos, a quién debía parecerse, qué es lo que se debe decir a través de gestos y guiños ensayados. La forma de vestirse, los zapatos que llevaba, en fin, todo eso venía de afuera. Hasta los problemas que debía tener como adolescente creo que le eran dictados; cómo deprimirse, la enfermedad de moda, la melancolía endosada, el trato con sus padres.

¿Qué quiere que le diga que no sepan todos los padres de adolescentes? Que para ella las amigas eran el universo y yo no pasaba de ser un poco de tierrita sucia en el hombrillo de una galaxia marginal.

Con ellas, caricias arrebatadas; conmigo, caricias aburridas.

¿Sabe qué es lo que más me atormenta por estos días?

Es un pensamiento que no puedo quitarme de la cabeza.

Sucede que para esa misma tarde teníamos otras cosas qué hacer. Se suponía que debíamos ir al dentista. Pero de pronto cambiamos de planes.

¿Y si hubiéramos ido al consultorio, y entre sus chillidos de terror por el tratamiento de caries y limpieza general, se hubiera salvado de la muerte?

Entonces ella habría pasado esos minutos sustanciales, desde las cuatro y media hasta las seis de ese día, en la sala del consultorio, conmigo y sin amigas, sin teléfono, sin wifi, ni nada, leyendo y jugando como siempre hacíamos con las revistas antiguas, riéndonos de los otros pacientes y criticando a los que llegaban, contando chistes, esperando por su turno pero rezando para que algo sucediera y le cancelaran la consulta y salvarse del dolor y regresar a casa encantadas con lo que habíamos hecho esa tarde. Eso es lo que me atormenta. Que si hubiéramos estado juntas, todavía la tendría conmigo.

(SE LEVANTA)

Sí, hoy lo hago. Hoy toca. De hoy no paso. Hoy tengo mi fin.

(CAMINA EN CÍRCULOS. VA CONTANDO LOS SEGUNDOS: 14.453, 14.454... SUENA SU TELÉFONO. REvisa QUIÉN ES. RESPONDE LA CONTESTADORA. DE NUEVO, LA RESPIRACIÓN FUERTE DE LA ESCENA ANTERIOR. NORAIMA SE DETIENE, IMPRESIONADA)
¡Es ella! ¡Es Karina! ¡Me está llamando!

(INTENTA CAMINAR CONTANDO LOS SEGUNDOS PERO PENDIENTE DEL TELÉFONO, QUE VUELVE A SONAR. RESPONDE. SE ARREPIENTE. OYE EL MENSAJE).

VOZ TELF: (*en off*) Aló, buenas tardes. Este es un mensaje para la señora Noraima Caselles. Le habla la Enfermera Avellano. Trabajo con Policía Nacional. Sucede que hace unos días llegó un hombre a dar declaración..

NORAIMA: (CUELGA LA LLAMADA) No es Karina, aunque es la voz de una mujer joven, quizás con el pelo recogido. Una voz de enfermera boni-

ta, que quizás está por graduarse y que sin duda debe tener novio y está decidiendo casarse pronto y tener hijos y hacer un viaje a Europa, eso es; un desplazamiento interminable y continuado antes de hacer familia y de las rutinas del hospital y del marido. Esa es la voz de una mujer hermosa. De alguien que está segura de cómo la ven los demás.

(SUENA EL TELÉFONO. RESPONDE LA CONTESTADORA)

VOZ TELF: (*en off*) Soy la enfermera que dejó el mensaje anterior. Algo sucedió que se cortó la llamada. Como le decía, un señor se presentó a declarar en la policía. No recordaba su nombre. Lo único que llevaba consigo era un pequeño libro de teatro de Tennessee Williams que encontraron en los bolsillos de su chaqueta y...

(SE TERMINA EL TIEMPO DEL MENSAJE)

NORAIMA: *¿El viaje es como la muerte?* (VA A REINICIAR SU CUENTA DE PASOS PERO OLVIDA EL NÚMERO QUE LLEVABA. SUENA EL TELÉFONO. RESPONDE) «¿Sí? ¿Es usted la enfermera bonita? Digo, la enfermera. Soy Noraima Caselles. He oído sus mensajes, solo que no podía responder. Continúe»

VOZ TELF: (*en off*) La entiendo. Le decía que un señor vino a dar declaración en calidad de testigo. Los oficiales de recepción notaron que estaba perturbado, abandonado y un poco golpeado, y lo trajeron a enfermería. Aquí le hicimos los exámenes de rutina. Para nosotros el hombre tiene algún problema mental, pero está fuerte. Cuando terminamos de tratarlo, los inspectores se hicieron cargo de él para tratar de identificarlo y al tiempo oír su declaración.

NORAIMA: ¿Y yo qué tengo que ver con todo eso, señorita?

VOZ TELF: (*en off*) Pues que indagaron en el registro de huellas dactilares y de ADN tanto de la Policía Nacional como del Ministerio del Interior y la policía pudo establecer la identidad del *señor del libro*, así le llamamos en un principio.

NORAIMA: Y entonces, ¿quién es?

VOZ TELF: *(en off)* Fue identificado como uno de los hombres que vivían bajo el puente, de los mismos que fueron interrogados hace apenas unos días por el caso de Karina Caselles y...

NORAIMA: Sí, sí...

VOZ TELF: *(en off)* Y que figura en los registros como declarado muerto desde hace veinte años. ¿Lo sabía?

NORAIMA: ¿Veinte años muerto?

VOZ TELF: *(en off)* Se llama Pablo Caselles.

NORAIMA: Papá.

(PAUSA TENSA. NORAIMA DEJA EL TELÉFONO A UN LADO. APARECE EL CUADRO DEL PAYASO. ELLA, NERVIOSA. LUCES)

Parece ser que uno de los agentes, por pura intuición, se comunicó con el teatro de la zona. Bueno, ni tanta intuición, ¡el viejo llevaba un libro de Williams! Al principio la gente del teatro no se acordaba de él. Buscaron entre el material de archivo y ahí lo encontraron en una vieja foto de actor.

(FOTO)

En su época tenía mucho trabajo y roles protagónicos en teatro; llegaron a pensar que podría dedicarse a la televisión y ganar mucho dinero. Pero pasaron los años y nunca sucedió el éxito que esperaban.

(FOTO DE NIÑA CON ROPA DE HOMBRE)

Cuando niña llegué a ponerme la ropa de papá, intentando hablar como él. Imitaba en particular su risa, que no olvido, siempre explosiva, alta, avasalladora, imperial, que en su estruendo ocupaba todo los espacios y hacía que los demás también se rieran, no de la broma, sino de la forma en que él soltaba la carcajada. Así:

(LO HACE: RISAS EXPLOSIVAS, HILARANTES)

Para cuando papá se estaba «destruyendo en el teatro», yo tendría siete años. Y sé muy bien el resto de la historia. Mamá primero dijo que el amor tenía mucho que ver con traer dinero a la casa y mantener a la familia. Luego, lo acusó de tener aventuras. Quizás era cierto.

Pero Papá, que siempre fue un cobarde, nunca se defendió ni dio explicaciones. Entonces ella un día lo echó a la calle. Y el hombre de las caricias cobardes no intentó regresar. Luego mi madre me dijo que él había muerto.

(COMO SU MADRE) «Olvídate de él, la vida sigue».

Mamá y sus caricias ásperas.

(HACIA EL PÚBLICO. FOTO DE PABLO BAJO EL PUENTE)

A papá lo vi aquella vez bajo el puente. Lo recuerdo bien: el hombre mayor, cabello largo, barba, cara manchada, con el libro en la mano. ¿Será una casualidad que a Karina también la encontraron ahí?

(LUCES. VOLVEMOS A OÍR LA VOZ DE LA ENFERMERA)

VOZ TELF: (*en off*) ¿Sigue usted en el teléfono, señora Noraima?

NORAIMA: Claro que sí. No lo suelto.

VOZ TELF: (*en off*) Pues ya lo sabe. Hemos encontrado a su padre. El Inspector Pineda nos ha informado que ha terminado con su declaración. ¿Por qué usted no viene a buscarlo? Mire que aquí ya no hay espacio para otro vagabundo más. Físicamente él está bien y me parte el corazón echarlo a la calle otra vez.

(SE MUEVE RÁPIDO, COMO SI DE PRONTO HUBIERA RECOBRADO EL AIRE)

NORAIMA: ¡Voy, voy enseguida!

(CUELGA. SE PONE ALGO RÁPIDO, UN SUÉTER O UN ABRIGO. CORRE, TOMA LAS LLAVES DEL COROLLA. FUERA DE SÍ, GRITA A CESAR AUGUSTO O CARLOS ALBERTO, YO YA NO SÉ)

¡Voy a traerlo!

¡Mi padre ha aparecido! ¡Lo voy a buscar!

(*Música. Foto de Karina que se filtra con la del padre de Noraima*)

4- *Ya no será un cobarde*

(En escena, Noraima. Detrás el retrato de su padre)

NORAIMA: Cuando lo fui a buscar a la estación de policía no me reconoció. La enfermera bonita me explicó que su condición le hacía recordar las mentiras, no las verdades. Y tiene que ser verdad porque lo primero que me dijo después de treinta años sin vernos, fue que quería pan dulce con café, y me recitó a Kierkegard, nada menos:

*«Solo aquel que está angustiado
encuentra descanso
y solo aquel que desciende al infierno
rescata a sus seres queridos,
dando vida a su propio padre
que ya no será un cobarde».*

¡Padres teatreros! ¡Una cruz!

(A UN LADO)

Papá luce como un hombre agotado, como el que viene de un viaje larguísimo y aún no entiende que ha llegado. La camisa que le acabo de comprar parece vieja también, desteñida en cuestión de minutos; como si la camisa, una vez sobre mi padre, hubiera envejecido con los años que el mendigo lleva encima.

(IMAGEN DE APARTAMENTO. CUADRO DEL PAYASO)

Cuando llegamos a casa él la ve como si nada, como si se tratara de otra estación de policía más.

(A SU PADRE) «Papá: ¿Esta casa? ¿La recuerdas?»

(COMO SU PADRE) «No. Pero recuerdo al payaso y la razón por la que está llorando».

«¿Y por qué llora, papá?»

(COMO SU PADRE) «Porque no quiere salir de ahí».

Desde que llegó no ha dejado de ver el cuadro del payaso. Ha estado colgado en esa pared desde siempre y quizás es lo que cautiva a papá. El resto de la casa no le llama la atención.

(IMAGEN DEL PAYASO SOLA)

Esa pintura no significa nada en particular para mí. Ni siquiera me gusta. La cara triste del payaso siempre me ha parecido tan desagradable que llegué a convencerme de que la pintura trataba solo del florero.

O una payasa.

¿Por qué la que llora no es una mujer payasa, casada con un tipo que no sabe cómo se llama y que ha perdido a su hija la payasita?

Las payasas son así, aunque yo nunca he visto ninguna.

¿Qué será lo que papá mira con tanta intensidad? ¿Le habrá recordando su pasado en el teatro o haber regresado a la que fue su casa de muchos años, antes de perderlo todo, de volverse un desquiciado? O de extraviar la memoria, que a estas alturas es lo mismo que la locura.

(SALE LA IMAGEN DEL PAYASO)

Cesar Arnulfo, o como sea que se llame, poco a poco se fue quedando más tiempo en el trabajo y llegando tarde, hasta que dejó de venir. Dio a entender que la llegada de Pablo lo había expulsado y que él ya no era el hombre de la casa, nunca lo había sido.

Un hombre era Pablo, loco y todo, pero ¿Carlos Andrés?

Con una llamada por teléfono, o más bien un mensaje en la contestadora, mi marido me explicó que necesitaba tomarse un tiempo para él.

¿Y cuándo es que su tiempo, y el mío, y el de Karina, y el de la nación entera no ha sido para él, de su uso exclusivo, de su explicación concienzuda, de su opinión totalitaria? Creo que él, al ver a mi padre y no ser capaz de soportarle la mirada, se arrojó a la calle.

Quizás el que ahora debe vivir bajo el puente es mi marido.

Pero no me importa. Yo también he pensado que, desde la desaparición de Karina, me he quedado sola. Sin mi hija, ese esposo es como si nunca hubiera existido.

Además, traer a papá a vivir conmigo es la reconstitución de la esperanza, o acaso otra forma de desaparición; una manera de secuestro más dulce, más apasionado, más Estocolmo.

(FOTO DEL CUARTO DE KARINA)

Ahora papá duerme en el cuarto de Karina. Al principio le costó agarrar el sueño porque cuando vivía bajo el puente solo se dormía viendo las ventanas prendidas de esta casa.

(IMAGEN: VENTANAS ENCENDIDAS)

Así, he decidido que todas las ventanas queden encendidas, toda la noche, por si acaso algún indigente debajo del puente está solo y no puede dormir. Después de todo, detrás de esta ventana no vivimos los dichosos ni los felices, solo nosotros: un padre recién encontrado y su hija, también, recién rescatada.

(SALE IMAGEN) Ahora me doy cuenta de que papá tiene marcas de viejas heridas, mal saturadas y peor curadas, acaso caídas o peleas de su vida de vagabundo; pedradas recibidas para ahuyentarlo de los restaurantes donde buscaba comida o simples golpizas propinadas por los adolescentes de la zona. Eso lo sé bien porque los he visto desde la ventana de mi casa. Nunca pensé que entre esos pordioseros que vivían bajo puente estuviera mi padre. ¿Y si papá decidió vivir en ese sitio porque desde ahí podía ver esta casa?

(VENTANAS ILUMINADAS)

Quizás encontraba el alivio viendo este apartamento. En el abandono, en su vida de mendigo, en su enfermedad de menesteroso, vaya usted a saber cuántas veces estuvo envuelto en fiebre, arropado por cartones, bajo la lluvia inclemente, con el estomago pegado al espinazo del hambre que siempre tuvo, y encontró en este paisaje un recuerdo que le sirvió de consuelo.

¿Un consuelo? Para mí ese es el peor de los horrores: sentir que estas muriendo en el olvido y observar, a lo lejos, tu casa sin ti; cómo vive tu

gente; pensando en lo satisfechos que están todos los demás cuando tú no estás.

Y tal vez, desde ahí, viendo hacia esta ventana con luz, papá recobraba algo de su humanidad.

(IMAGEN DEL PUENTE)

Aunque desde que llegó no ha parado de contarme la historia de su mejor amigo bajo el puente, un tal Víctor, una rata que oyó todas sus historias. Así como hago yo, como una rata que ya no piensa tanto en matarse sino que más bien baila sobre dos patas.

(IMAGEN DE LA RATA VÍCTOR)

Él habla de su amigo Víctor como si ya no sabe nada de él. Pero la verdad es que papá se ha traído a la rata y aquí la tiene, escondida bajo la cama, en el cuarto de Karina, junto a su libro de Tennessee Williams.

En las mañanas, cuando él está durmiendo, yo no puedo resistir la tentación de darle pancito con queso a la pobre rata, que si bien le tengo terror, he notado que ha ganado peso, la muy gordita. Los dos: la rata y papá. Y también yo, que ando muy gordita, muy de peso, y muy ratita.

(IMAGEN DE COCINA)

«Papá: ¿recuerdas que soy tu hija? ¿Verdad?»

(COMO SU PADRE) «Claro que sí. Una vez fuimos a un parque de diversiones. Tenías ganas de montarte en las tazas giratorias y yo no te dejé porque a mí me daba miedo.

«¿Recuerdas eso, papá?»

(COMO SU PADRE) «Como si hubiera sido hace doce minutos».

Nunca había sucedido, pero de alguna manera yo lo recordé y sentí un tipo de nostalgia caprichosa, original, impertinente. De pronto siento de nuevo la alegría. Me veo en sus ojos y lo detecto.

Sí, este es un momento feliz.

(COMO SU PADRE) «Señorita, quizás a partir de esta noche podemos almorzar y cenar dos veces. Es que ando con un hambre aglomerada.

Con todos los espacios que alguna vez quedaron si llenar, ahora abiertos. ¿Qué cree, niña».

«Sí, papá. Pero quiero que hagamos un pacto. Aquí, a partir de ahora, se almuerza y cena dos veces, y tú, aunque no me recuerdes, me llamarás «hija». Y trátame como tal, aunque no lo creas. ¿Sí?»

(COMO SU PADRE) «Muy bien. Te imagino: una hija que se pasó la vida pensando que el payaso del cuadro era su padre».

(IMPACTADA) ¡¿Cómo lo podía saber?!

(COMO SU PADRE) «Por el payaso. Ha dejado de llorar».

(IMAGEN CUADRO Y PAYASO, BRILLANTE, YA NO LLORA.)

Entonces, volvió a suceder.

(LA ESCENA ANTERIOR SE REPITE, DESDE “*Papá, quiero que hagamos un pacto.*”. LUCES. MÚSICA HERMOSA)

Y luego de vivir ese instante dos veces, el clown se ríe y habla.

Como papá, que no para de hablar, como si hasta hoy hubiera tenido prohibido utilizar las palabras.

(IMAGEN DE FLORES)

Ahora me llama «hija» más seguido. Sé que no significa nada especial, que él ha prometido llamarme así, como igual podría utilizar cualquier otro: «señora, mijita, cariño». Pero lo cierto es que le pone calor cuando dice «hija», o por lo menos, eso es lo que yo creo.

(COMO SU PADRE) «Hija, cariño, ¿me puedes enseñar a utilizar el hornillo eléctrico?»

«El microondas».

(COMO SU PADRE) «El *microhorno* ese. No sé por qué le llaman micro si es más grande que una maleta. ¿Cuántos minutos hay que ponerle, digamos, a un pollo?»

Le habría respondido si hubiera podido aguantar la risa, pero de todos modos sé que esos momentos regresan, que serán repetidos, que el fenómeno ocurrirá, y me encanta que sea así.

(SALE IMAGEN DE COCINA. LUZ EN NORAIMA, SOLA)

Yo entiendo bien el estado mental en que está mi padre y que luego de tantos años viviendo en la calle, es poco lo que puedo esperar de él. Además, está el tema de la mentira, es decir, papá no es capaz de retener en su memoria nada que haya sido verdad.

Revisando los medicamentos, noto que ya se le están agotando y que debo comprar más en la farmacia. Ansiolíticos, vitaminas, y el resto de los químicos tradicionales para el tratamiento general de la demencia.

(COMIENZA A CAMBIARSE DE ROPA. SE COLOCA LO MISMO QUE LLEVABA SU PADRE EN LA FOTO ANTERIOR)

Cuento los días no por el calendario sino a través de las medicinas toma mi padre. Y si algo me ha quedado claro después de estas historias ciertas o inventadas, es que desde ahora siento algo indefinible pero tierno cada vez que veo una rata. Y eso que antes las odiaba.

Quizás porque nunca las conocí por su nombre oficial.

Como conmigo, que creo que me quiero un poco más, porque ahora soy conocida como «*Noraima, la hija que encontró a su padre perdido*».

(AL PÚBLICO, VESTIDA COMO SU PADRE)

¿Qué crees papá? ¿Será cierto que ya no desapareceré?

(LANZA LA AGENDA AL CESTO DE LA BASURA)

Yo creo que no. Porque ahora me escucho a mí misma con una claridad y contundencia que no tenía antes.

Por tus caricias imaginadas, tus halladas caricias.

(TOMA EL LIBRO DE WILLIAMS. BUSCA EN LA ÚLTIMA PÁGINA. LEE LA FRASE)

El viaje no es como la muerte: este viaje es como el hogar.

(Aparece la foto de Karina, la del puente, y el cuadro del payaso.

Finalmente, le toman una foto pero la que aparece es la de Noraima abrazada con su padre. Sigue la música. Oscuro.)

fin